

El nivel fundacional de la significación psicodinámica: El proceso implícito en relación con el conflicto, la defensa y el inconsciente dinámico¹

BCPSG²

Declaración inicial

El psicoanálisis ha estado crecientemente lidiando con los aspectos intersubjetivos interactivos de la situación psicoanalítica. Durante varias décadas, los escritores clínicos de una variedad de perspectivas han descrito los aspectos intersubjetivos de la situación de tratamiento paciente-terapeuta. Los analistas relacionales (p. ej., Aron, 1991; Beebe & Lachmann, 2002; Benjamin, 1988, 1995, 2004; Ehrenberg, 1992; Mitchell, 1998; Knoblauch, 2000) recientemente se han ubicado en el primer plano de estos esfuerzos. Varios de estos pensadores han llevado una orientación desarrollista a sus perspectivas. Y todos quienes cuentan con Sullivan, y posteriormente con Mitchell, como mentores intelectuales han comprendido la importancia de lo interactivo en la creación de lo intrapsíquico, tal como lo han hecho otros como Renik (1999). Sin embargo, una fundamentación teórica más comprehensiva para arraigar este pensamiento clínico en el desarrollo aún no ha emergido.

En nuestro trabajo anterior, aún estaba pendiente el intento de tratar de conceptualizar los procesos intersubjetivos fundacionales que contribuyen a la vida mental comenzando en el inicio del desarrollo temprano y continuando a lo largo de toda la vida. Mientras consideramos esta tarea, se volvió claro que había existido una confusión fundamental en la teorización previa en cuanto a lo que es superficie y lo que es profundidad. Esta confusión surgió tanto de una falla a la hora de examinar en detalle el nivel local del intercambio en la situación psicoanalítica como de una falta de conocimiento en torno a las formas implícitas de conocimiento y representación en la infancia y también en la adultez. En breve, la teoría psicoanalítica previa manejaba al revés la distinción superficie/profundidad.

Con el concepto del conocimiento implícito en la infancia no nos estamos refiriendo a la función cognitiva del infante, sino a la forma en la que se lleva a cabo la regulación fisiológica y entonces social/conductual entre el infante y su cuidador y a la forma en la que es representada y “recordada” por el infante. Estas formas más tempranas de regulación biológica emergen a partir de la capacidad básica de adaptación en los seres vivos en la medida en la que

¹ Publicado con el título “The foundational level of psychodynamic meaning: Implicit processes in relation to conflict, defense and the dynamic unconscious” en el *International Journal of Psychoanalysis*, 88, 1-16 durante el año 2007. Traducción por Ps. André Sassenfeld J. Se ha omitido la bibliografía.

² La abreviación BCPSG hace referencia al Boston Change Process Study Group, cuyos integrantes incluyen a Daniel Stern, Karlen Lyons-Ruth, Louis Sander y otros.

intersecta con los orígenes biológicos más profundos de las motivaciones, que son la fuente de las iniciativas que gatillan un intercambio. El hecho de que estas formas más tempranas de regulación biológica estén almacenadas en sistemas de memoria, tengan concomitancias mentales y sean psicológicamente significativas ha sido aprehendido de manera intuitiva por algunos, pero no es entendido en términos más amplios. A través de la representación de estos intercambios regulatorios diádicos, el infante humano se moviliza desde ser un ser fisiológico hacia ser un ser psicológico (BCPSG, 1998; Nahum, 2000; Sander, 1962, 1985).

El procesamiento implícito consiste en la representación de las transacciones relacionales que comienzan en el nacimiento y que continúan a lo largo de la vida. Tal procesamiento implícito guía los intercambios momento-a-momento que transcurren en todas las interacciones, incluyendo la situación psicoanalítica. Todas las cosas que forman la sustancia del flujo interactivo, tales como gestos, vocalizaciones, silencios y ritmos, constituye este intercambio momento-a-momento, al cual hacemos referencia como el nivel local (BCPSG, 2002, 2005a, 2005b). Es importante enfatizar que por implícito no nos referimos a lo no-verbal. Nuestro campo tiene una larga historia de división entre lo verbal y lo no-verbal. Nosotros no lo dividimos de ese modo, como esperamos que quede de manifiesto. Incluso en la narrativa hablada existe significado entre las líneas, el cual es implícito. También elaboraremos esto en un artículo en preparación titulado "El significado a lo largo de los dominios implícito, explícito y narrativo".

Damos prioridad a las formas implícitas de conocimiento y al reconocimiento de acción e interacción como partes de la vida psicodinámica porque es en el ámbito implícito de lo que ocurre momento-a-momento que los afectos, el conflicto y la defensa inicialmente se organizan, más tarde se ponen al descubierto y son potencialmente modificados.

Las transacciones relacionales que involucran acción e interacción han sido consideradas el nivel de "superficie" del significado en la teorización analítica previa. No obstante, el nivel de las representaciones implícitas codifica los aspectos más profundos de la experiencia humana, incluyendo sus elementos de conflicto, defensa y resistencia afectiva, y este nivel ya no puede ser considerado de "superficie" o superficial. Lo que ha surgido de la anterior visión invertida de la mente es un privilegiar la abstracción por sobre la interacción y un privilegiar lo simbólico/semántico por sobre lo afectivo/interactivo. El efecto sobre la forma en la que el psicoanálisis ha sido conceptualizado y practicado no puede sobrestimarse.

Aquí describimos cómo vemos el conflicto y las defensas, que están basados en los afectos, en cuanto se ponen de manifiesto en el nivel local de acción e interacción en el desarrollo temprano. En la medida en la que nos acercamos a los aspectos específicos del proceso de la interacción terapéutica y recurrimos al actualmente extenso cuerpo de la investigación del desarrollo, emerge una concepción alterada del proceso psicoanalítico. El nivel "profundo", tal como es retratado en nuestras interpretaciones, de hecho deriva del nivel de "superficie" del intercambio momento-a-momento. En este marco

referencial, afirmamos que el nivel local, donde se enactúa el conocimiento relacional implícito, es el nivel fundacional de la vida psíquica. Es donde se originan los procesos psicodinámicos, incluyendo los afectos, el conflicto y la defensa.

El conocimiento relacional implícito como forma de representación

La pregunta acerca de qué es lo que constituye una representación sigue sin resolverse. Tradicionalmente, una representación hacía referencia a algo almacenado en forma verbal/simbólica o en forma de imagen. Al concepto parecía faltarle una dimensión procesual, que la investigación de infantes comenzó a proporcionar. La investigación de infantes ha mostrado que mucho se almacena o representa en alguna forma de memoria que no involucra palabras ni imágenes. Sander (1985) mostró que, tan temprano como a los 8 días postnatales, el infante había almacenado (representado) una gestalt de una secuencia de alimentación que era alterada cuando las madres se colocaban una máscara, generando intranquilidad y interrupciones de la alimentación en los infantes. Tales recuerdos podían ser considerados precursores o formas tempranas de conocimiento relacional implícito.

El conocimiento relacional implícito es, en consecuencia, una forma de representación. Al utilizar la palabra "conocimiento", no estamos implicando un proceso simbólico. Es la sensación intuitiva, basada en la propia historia, de cómo estar con un otro. Conciernen a conocimientos y representaciones que no están basados en el lenguaje, de manera que los estudios de los infantes pre-verbales proveen un campo libre de estorbos para su estudio. En breve, el conocimiento relacional implícito está basado en afectos y acciones más que en palabras y símbolos. También es inconsciente pero no por represión. Por lo tanto, puede ser llevado a la consciencia y verbalizado, pero por lo común con mucha dificultad. Más allá, la complejidad de los fenómenos tal como son almacenados en términos inactivos nunca constituirá un calce perfecto o tal vez incluso bueno con su versión lingüística y narrativa. Lo que ha sido más sorprendente de advertir es que, en comparación con el conocimiento explícito que está basado en el lenguaje, el dominio implícito es excesivamente rico y elaborado, conteniendo mayores matices que el lenguaje y conformando un sistema primario de significación relacional, tal como se elaborará más adelante. Por su mismo diseño, todo lo que el infante pre-verbal sabe sobre las interacciones con otros está contenido en su conocimiento implícito. El conocimiento implícito además conforma la mayor parte de lo que nosotros, como adultos, sabemos sobre la interacción social, incluyendo la transferencia.

Permítasenos dar dos ilustraciones bastante distintas de los procesos implícitos, la primera viene de la ficción y la segunda de los estudios del desarrollo. Un extracto de *The master*, una novela de Colm Toibin, sirve como ilustración:

Ella sabía que todos alrededor de ellos deseaban escuchar lo que estaba diciendo y, por lo tanto, ella alternaba entre un voz fuerte y un susurro.

Asentía a algunas personas y hablaba brevemente con otras, pero no se detenía para nadie. En cambio, procedió a través de la multitud hacia su sala, dejando claro a raíz de la forma de su mirada que nadie estaba invitado a acompañarlos. (2004, p. 232)

Lo que Toibin logra capturar en su descripción verbal de las acciones y expresiones de esta mujer es la forma en la que se posiciona respecto de los demás. Esta es una clara demostración del proceso relacional implícito, tanto en sus acciones como en la forma en la que estas son “interpretadas” por los otros. No necesita decirle a los demás, poner en palabras, que ellos no están invitados a acompañarla. Lo ha dicho con el rango completo de las posibilidades expresivas disponibles a un ser (humano) encarnado. Vale la pena notar que serían tales “acciones” las que llevarían al psicoanalista a interpretar sus conflictos, defensas y deseos.

Tales significados interpersonales están arraigados en las interacciones desde el comienzo de la vida. Por ejemplo, en una observación filmada en el hogar de una joven madre deprimida y su hijo de 18 meses, la madre está sentada sobre el sofá y su hijo está sentado a unos pasos de distancia de ella, tomando de su botella. Está sentada de modo tieso en la esquina más alejada del sofá mirando al espacio, fumando un cigarrillo con una mano y descansando su otro brazo sobre el respaldo del sofá en la dirección de su hijo. Su hijo termina su botella y se para en el sofá, saltando durante uno o dos minutos. Entonces, se detiene antes de moverse hacia el regazo de su madre. En este punto, sin movilizar sus brazos tiesos y remotos, vuelve su cabeza hacia él y ladra, “¡Te dije que no saltaras sobre el sofá!”

Dado el timing de su ataque, su disgusto no estaba relacionado con que su hijo se parara o saltara sobre el sofá, sino con que este estableciera un contacto físico lúdico con ella. En otras secuencias del mismo video, vemos cómo su hijo se le acerca y estira su mano para tocar su rodilla, sólo para retirarla de manera repentina antes de tocarla efectivamente. La aversión de su madre respecto del contacto físico amoroso parece haberlo llevado a inhibir sus propias iniciativas en torno a la búsqueda del contacto físico con ella. En la medida en la que este patrón se repite a lo largo del tiempo, está siendo conservado como parte de su conocimiento relacional implícito y es probable que coloree interacciones posteriores con otros.

Uno puede ver con claridad en la madre los intensos afectos que acompañan sus intentos de cerrar ciertas formas de diálogo con su infante (p. ej., intercambios cálidos aceptadores), que el infante entonces incorpora como parte de sus propios intentos por cerrar esas mismas formas de discurso en su interior. Esto es bastante diferente de la idea de Fonagy acerca de que el infante de una madre limítrofe inhibe de modo activo su capacidad para reflexionar sobre los afectos de la madre debido al “contenido” intolerable de la representación del odio de la madre (Bateman & Fonagy, 2004). La visión alternativa es que el odio de la madre se expresa por medio de procesos particulares en el intercambio cuidador-infante, tales como alejarse del acercamiento del infante en busca de tranquilización o interrumpir y sobrepasar repetidamente los intentos del infante por poner de manifiesto su iniciativa.

Estas acciones maternas son implícitas y son internalizadas por el infante en su forma procesual (no en su forma de contenido) como “odio para los intentos de apego”, esto es, una profunda resistencia a buscar ayuda.

Los hallazgos sobre el desarrollo han dejado en claro que las experiencias que son almacenadas en términos implícitos no son eventos empobrecidos limitados a experiencias sensoriomotrices o a los ámbitos impersonales de la memoria procedural discutida en la literatura de la investigación cognitiva. Más bien, pueden involucrar conocimientos altamente complicados que implica respuestas afectivas, expectativas y pensamientos. El conocimiento implícito tampoco es necesariamente más primitivo. No es reemplazado cuando el lenguaje aparece ni tampoco es necesariamente transformado al lenguaje en el desarrollo posterior (Lyons-Ruth, 1998, 1999). Más bien, el dominio implícito sigue creciendo en cuanto a amplitud y elaboración con el paso del tiempo. Por cierto, el conocimiento implícito es un dominio mucho más amplio del conocimiento sobre el comportamiento humano que el conocimiento explícito, y en todas las edades, no sólo en la infancia. De importancia aún mayor, en el desarrollo, el lenguaje y las formas simbólicas de significado están intrínsecamente arraigadas en estas formas tempranas de experiencias relacionales representadas en términos implícitos (véase Hobson, 2002, para una visión detallada del desarrollo). Tomar en consideración el alcance, la sofisticación y las dimensiones afectivas del conocimiento relacional implícito es importante porque cambia la forma en la que uno concibe el inconsciente tal como seguiremos elaborando.

Las intenciones como organizadores del significado relacional en el nivel implícito

Existe un nivel básico de la experiencia que está organizado en torno a la intención. Visto desde fuera, consiste en la lectura de afectos y acciones en términos de intenciones. Esto ocurre desde el comienzo de la vida postnatal. Existe una tendencia mental innata a analizar sintácticamente o a dividir la conducta humana en intenciones y motivaciones (Carpenter et al., 1998; Meltzoff, 1995; Trevarthen, 1979). Como tal, la intención conforma una unidad psíquica básica del significado implícito. Es una expresión de actividad motivada que es aprehendida en términos implícitos. El concepto de la intención no implica pensamiento auto-reflexivo.

Las unidades de intenciones incluyen no sólo el deseo y la idea de actuar, sino también la acción, el objeto de la acción y la meta. Algunos argumentan que son inherentes al concepto de la intención. Deseamos enfatizar este punto porque los estudios de los infantes pre-verbales apoyan esta idea. Es relevante que las observaciones con imaginería cerebral han identificado “centros de detección de intenciones” en el cerebro, los cuales se activan en un sujeto cuando observa conductas en los demás que lo llevan a inferir una intención (Ruby & Decety, 2001). Además, los estudios del sistema de las neuronas espejo ahora demuestran que uno participa en los estados intencionales del otro en un nivel neuronal a través de la activación de neuronas motoras correspondientes

a las acciones intencionales observadas en el otro, pero sin tener que imitar las acciones del otro (Decety & Chaminade, 2003; Gallese, 2001). Por consiguiente, esta estructura fundacional pertenece al nivel local no-verbal e implícito.

La sugerencia de que en el nivel implícito existe una unidad de intenciones y de que el proceso que conduce a su formación es algo mentalmente dado se ve apoyada por el hecho de que las unidades de intenciones se encuentran en los infantes pre-verbales, donde toda la experiencia es implícita y no reflexiva. Observaciones recientes sobre el desarrollo sugieren que, incluso para los infantes pre-verbales, la tarea primaria cuando se observa la conducta humana es aprehender la intención que da coherencia y sentido a los actos observados. Por ejemplo, un infante pre-verbal observa cómo un experimentador intenta dejar caer un objeto en un contenedor, pero no lo logra. Al principio, el objeto es dejado caer antes de encontrarse sobre el contenedor. Después, se deja caer después de que ha pasado más allá del contenedor. El infante nunca lo ve cayendo en el contenedor. Más tarde, cuando al infante se le dan un contenedor y un objeto con la invitación a imitar lo que vio, de inmediato deja caer el objeto directamente en el contenedor y parece contento consigo mismo. El infante captó la intención del experimentador aún cuando nunca la vio realizada con éxito. Da prioridad a la intención que ha inferido por sobre la acción que ha observado (Meltzoff, 1995; Meltzoff & Gopnik, 1993).

Otro experimento también muestra de qué modo se prioriza la orientación a una meta. El infante observa a un experimentador que intenta quitar una parte de los extremos de un objeto, pero no lo logra. Más tarde, cuando al infante se le da el objeto, este inmediatamente quita las partes en cuestión y parece sentirse bien acerca de lo que ha hecho. El experimento de control consiste en un robot que, al igual que el experimentador, intenta quitar las partes extremas y también falla. Sin embargo, cuando a los infantes se les da el objeto después de que han visto al robot fallar, no intentan quitarle las partes extremas. Estos infantes han entendido implícitamente que los robots no tienen intenciones (Meltzoff, 1995). Existen muchas otras observaciones que ponen al descubierto esta prioridad general de la intención por sobre la acción (Gergely et al., 1995; Gergely & Csibra, 1997; Rochat, 1999). Más allá, el acto tiene que parecer significativo para que llame la atención del infante. Decety y Chaminade (2003) mostraron que un infante que imitaba a su madre acostando una muñeca no la imitaba acostando un autito de juguete.

Subjetivamente, las intenciones son percibidas como portadoras de un empuje o una inclinación de la intención misma hacia su meta sentida o por-ser-descubierta. Existe un agente implícito. Existe una línea dramática de tensión constituida por sentimientos y afectos en la medida en la que la intención cumple su destino. Todo esto ocurre en un lapso de tiempo con una arquitectura temporal que acomoda esta estructura que se despliega. Es decir, es temporalmente dinámica (Stern, 2004). En breve, afirmamos que el análisis sintáctico de la conducta humana motivada en intenciones es una propiedad fundamental de la mente/cerebro; esto resulta en una estructura básica, la unidad de intenciones, que es aprehendida en términos implícitos y

representada en términos no simbólicos. En consecuencia, las intenciones son las unidades psicodinámicas elementales en el nivel de percepción e interacción y, a partir de ellas, se componen otras estructuras psíquicas.

Todas las presentaciones de la intención, sea en la acción, en las palabras o en las historias, están basadas en intenciones en el nivel local; por consiguiente, se asegura un alto grado de continuidad del significado a lo largo de los niveles de lo implícito, lo explícito y lo narrativo. Las intenciones de mayor interés para los esfuerzos psicoanalíticos son aquellas intenciones por dar forma y por ajustar el estado de la relación.

Los “conocimientos” relacionales como formas implícitas de significado

Pensamiento no es sinónimo de lenguaje verbal y símbolos. Una fuente primaria de confusión en las teorías anteriores proviene de la equiparación del funcionamiento simbólico con el pensamiento y la generación de significado. En la actualidad, los analistas tienen que tomar en consideración la posibilidad de que los niveles más importantes del significado psicodinámico son portados, inactuados y expresados a través de procesos no simbólicos. Quizás, la confusión que rodea a esta aseveración proviene de la creencia en que el significado sólo puede ser generado por medio de la simbolización y en que un ser (el infante) incapaz de reflexionar sobre sus propias acciones no puede actuar de modo significativo.

No obstante, el ejemplo de la respuesta de la madre al contacto lúdico de su hijo ilustra que el infante efectivamente crea significados antes de que aparezca una capacidad simbólica. Por lo tanto, afirmamos que el significado no necesita estar conectado con un símbolo. La observación de las filmaciones de las interacciones madre-infante no deja a nadie cuestionando que las acciones de la madre significan algo para el infante y que las respuestas del infante reflejan los significados que se han generado en su interior. Esto no quiere decir que el infante está reflexionando sobre los significados que está creando, sólo significa que está actuando en base a ellos, algo con lo que estamos muy familiarizados a partir del trabajo clínico con adultos. De hecho, en concordancia con Hobson (2002), afirmamos que la aprehensión primaria de las relaciones es fundacional a nuestros sistemas de significado, a nuestra subjetividad.

Aún más fundamentalmente que los significados cognitivos, son centrales para el psicoanálisis los significados afectivamente relevantes y relacionamente arraigados que organizan las propias orientaciones. A muchos psicoanalistas no les parece problemática esta afirmación porque no trabajan con significados arraigados en términos relacionales, sino porque la teoría de la “cura por la palabra” no ha sido conceptualizada de este modo. Se asumió que el flujo e intercambio de “palabras” era donde estaba contenida la acción terapéutica, esto es, “hacer consciente lo inconsciente”. Con ello, ha venido un supuesto implícito respecto de que el significado es inherente a la simbolización y reflexión (p. ej., Litowitz, 2005). La observación de infantes y la concomitante clarificación de las formas implícitas de significado han subrayado algunos de

estos problemas del pensamiento antiguo. De modo interesante, estos estudios han apuntalado algunos de los principios centrales del psicoanálisis relacional (Aron, 1991; Benjamin, 2004; Ehrenberg, 1992; Fosshage, 2005; Mitchell, 1998; Stolorow, 2005).

Dado que esta no es una manera del todo compartida de pensar, vale la pena elaborar un poco más cómo la defensa, el conflicto y el inconsciente psicodinámico son comunicados y transaccionados en los procesos relacionales implícitamente representados. Los analistas extraen e intentan traducir a palabras patrones generales de pensamiento, sentimiento y vinculación que son llamados procesos dinámicos a partir de este nivel. Sin embargo, estos procesos son comunicados y aprehendidos inicialmente a través de fenómenos implícitos del nivel local. Los observadores psicoanalíticos han estado cartografiando este nivel implícito de la experiencia por más de un siglo. El error ha sido la equiparación de aquello observado en la interacción relacional con lo superficial, mientras que al mismo tiempo se reservó la idea de un nivel más profundo para las traducciones verbales más abstractas, generalizadas y distantes de la experiencia de aquellos patrones.

El conflicto y la defensa psicodinámica se originan y residen en formas implícitas de significado

Las ideas de conflicto y defensa tienen que ser introducidas en nuestras consideraciones de las formas implícitas de significado para que este concepto tenga implicancias psicodinámicas. Tal como hemos dicho, es en el ámbito de las transacciones relacionales inmediatas en el nivel local donde se estructuran inicialmente el conflicto y la defensa.

En la vida temprana, los eventos relevantes en términos psicodinámicos son fácilmente observables en los contextos relacionales. Observaciones de infantes de 12 meses revelan la presencia de posturas defensivas en el nivel de las relaciones inactuadas (Ainsworth et al., 1979). Cuando los padres dejan a sus infantes en una habitación desconocida y retornan después de un pequeño intervalo, los infantes muestran diferentes patrones de conducta de apego hacia el cuidador, algunos de los cuales son denominados "inseguros". Los infantes que exhiben un patrón evitativo de conducta de apego hacia el cuidador no miran a la madre ni la saludan en la reunión, como sí lo hacen los infantes "seguramente" apegados. Más bien, la ignoran y parecen actuar como si su ausencia y su retorno no fueran importantes. No obstante, los indicadores fisiológicos de estrés niegan esta impresión (Spangler & Grossmann, 1993).

En esta situación se encuentran, de hecho, en conflicto y se comportan de modo defensivo. Han aprendido implícitamente que la búsqueda de tranquilización por parte de su madre probablemente evoque algún sutil malestar o rechazo. Encuentran un compromiso mediante la supresión de la búsqueda de apego, como el compartir placer en la reunión o buscar contacto, y parecen ignorarla. Un amplio cuerpo de investigación apoya la inferencia de que han llegado a "saber" que, si no se acercan a su madre para ser tranquilizados, ella responderá con menos aversión. Estos infantes de un año de

edad han llevado a cabo una estrategia (defensiva) de afrontamiento con la finalidad de maximizar su seguridad y proximidad con sus madres.

Esta estrategia evitativa opera completamente en el nivel local implícito, dura sólo un par de segundos y está constituida de sólo algunas movidas relacionales. Sin embargo, la estrategia claramente transmite un significado psicodinámico que, eventualmente, bien podría ser el foco clínico de un analista mientras intenta encontrar maneras de tratar con su paciente una evitación de la intimidad y la tendencia a desechar la importancia de las relaciones de apego.

En un ejemplo grabado en video, después de que su madre lo ha dejado en la sala de laboratorio con un asistente del laboratorio, un niño de 18 meses está parado en la puerta, ignora los acercamientos del asistente, llama a su madre y golpea y pateo la puerta cerrada por la cual ella salió. Cuando vuelve, él sigue en la puerta pero, apenas la ve, gira su torso y empieza a alejarse de su madre. A pesar de su intento de escapar, ella lo toma de manera incómoda bajo los brazos para recogerlo, manteniéndolo a una distancia significativa de su cuerpo. Él protesta empujando sus hombros alejándose y grita resistiéndose. Su madre sonríe por sus gritos en una expresión como de una máscara, pero eventualmente cede y lo baja. Él entonces se aleja de ella yendo al otro extremo de la habitación, deja caer su cabeza y hombros en una postura colapsada y vencida. El llamativo conflicto en las respuestas de este niño puede observarse dramáticamente en su repentino cambio del prolongado golpear la puerta y gritar por su madre a alejarse de ella en cuanto aparece. Es difícil explicar esta conducta en términos de un conjunto coherente de motivaciones y metas.

Mientras que ejemplos de conducta de conflicto en el ámbito del apego han sido replicados de modo extensivo (Sroufe, 1999), el conflicto también es observable más tempranamente durante el primer año. Por ejemplo, en una consulta clínica con una madre y su hijo de dos meses, madre y bebé están interactuando estando el niño en una silla para bebés frente a su madre. Su madre es muy activa, emocionalmente muy expresiva y un poco demasiado intensa para el bebé. Su voz es demasiado fuerte, su timing demasiado rápido, sus transiciones entre expresiones son demasiado abruptas. El bebé la mira con ojos grandes y con el cuerpo tenso, alternando su expresión por un período extenso de tiempo entre placer y distrés. El bebé se encuentra en un conflicto. Por un lado, desea unirse a ella en la interacción; por otro lado, la interacción es demasiado intensa para él y está a punto de retirarse de su madre y caer en un estado de distrés. Stern (1971, 1977) y Beebe y sus colaboradores (2000) también han descrito conductas de conflicto tempranamente durante el primer año de vida.

Tal como hemos elaborado en un artículo previo (Lyons-Ruth, 1999), las conductas defensivas del infante en torno a las necesidades de apego son precisamente la evidencia que necesitamos para ubicar el inicio de los procesos defensivos en las interacciones no-verbales implícitas. Desde nuestro punto de vista, tanto los intercambios afectivos no conflictivos como las posturas más defensivas que pueden formar parte de tales intercambios están enraizadas en experiencias vividas con otros y no se originan en fenómenos primariamente intrapsíquicos.

Mientras el uso de las palabras comienza en la infancia, los significados relacionales continúan siendo comunicados de modo primario por medio de la aprehensión de los actos relacionales a lo largo de toda la vida. Así, aunque las palabras se utilizan por primera vez al servicio de los procedimientos relacionales durante la infancia, el arraigamiento de las palabras en acciones significativas de antemano no vuelve disponible el significado de tales acciones al pensamiento reflexivo o la representación simbólica. El niño de tres años de edad es capaz de emplear los términos “bueno” y “malo”, pero no puede representarse de manera consciente (o verbal) que inhibe el impulso a buscar tranquilización por parte de su padre porque la retirada física y el tono frío de la voz de su padre transmiten una desaprobación de la búsqueda de tranquilización. La mayor parte de la conducta relacional permanece no consciente e implícita aún cuando las palabras y comprensiones nuevas del niño pueden ser incorporadas a esos procedimientos relacionales implícitos.

Mientras que aquí estamos describiendo las manifestaciones más tempranas del conflicto en el dominio de lo implícito, resulta crucial no equiparar lo implícito con lo no-verbal o pre-verbal (Lyons-Ruth, 1999). Lo implícito puede ponerse de manifiesto tanto a través de formas verbales como a través de formas no-verbales de interacción. Sin embargo, los aspectos implícitos del significado no se encuentran en el contenido de las palabras mismas. El significado implícito existe, por así decir, entre líneas, tal como la cita anterior de *The master* deja en claro. También existen formas de conflicto que son transmitidas implícitamente por medio de la interacción verbal así como por medio de las formas no-verbales de interacción. Mientras que con el desarrollo los intercambios verbales se convierten cada vez más en parte de las interacciones con otros, las “reglas” o la sintaxis que subyace a las interacciones es negociada mediante las claves de afectos e intenciones desde el comienzo de la vida y rara vez son elevadas al nivel de la descripción verbal consciente. En cambio, sigue siendo parte de nuestro conocimiento relacional implícito.

Tales “reglas” para la interacción incluyen las expectativas acerca de qué formas de vinculación afectiva pueden ser expresadas abiertamente en la relación y qué formas tienen que ser expresadas sólo de modo “defensivo”, esto es, de modo distorsionado o desplazado. Al igual que la sintaxis que regula el uso del lenguaje, empezamos a derivar y utilizar estas reglas, reglas que estructuran nuestros conflictos y nuestras defensas, como parte de nuestro conocimiento relacional procedural mucho antes de ser capaces de generar algún tipo de descripción verbal consciente de cuáles son las reglas.

Reservar los aspectos evolutivamente más complejos y relacionalmente más significativos de la experiencia para las formas verbales posteriores de significado es un ejemplo del error de inversión de la teoría actual. Esta versión teórica en la actualidad no es congruente con la comprensión actual del papel crítico de las formas más tempranas de los significados implícitos como procesos que se desarrollan hacia y que son fundacionales para las formas posteriores de significado y pensamiento (p. ej., Hobson, 2002; Stern, 2004).

Defensa y significado implícito

Argumentamos que las defensas establecidas que observamos en la situación clínica tiene raíces en estructuras internalizadas de diálogo entre dos personas que se encuentran en el dominio implícito. Estos fenómenos constituyen la esencia del material clínico dinámico. Siempre han sido consideradas "intraprésíquicas".

No obstante, los estudios sobre el apego han demostrado que muchas estrategias defensivas no se conciben de la mejor manera como resultado de un conflicto intraprésíquico particular o una perturbación interpersonal limitada a una etapa específica del desarrollo. En cambio, es probable que las estrategias defensivas correspondan a un componente de un arreglo interpersonal mucho más amplio que ha perdurado por un período significativo en la vida del paciente. La investigación del desarrollo ha puesto al descubierto, por ejemplo, que la tendencia de un niño a suprimir sentimientos vulnerables de rabia o distrés y a desplazar la atención de las relaciones a actividades impersonales no debiera concebirse como defensa obsesiva que es resultado de luchas de control en la infancia. Más bien, para un número considerable de niños, tales conductas son confiablemente evidentes a los 12 meses de edad y están relacionadas con formas particulares del diálogo afectivo cuidadores-infante durante el primer año de vida, incluyendo rabia suprimida e incomodidad respecto del contacto físico íntimo por parte de los cuidadores (Main et al., 1979) y expresiones parentales de ridiculización frente a la rabia del infante (Malatesta et al., 1989). Tales restricciones en el diálogo afectivo cuidadores-infante son anticipadas por el estilo parental de discutir las experiencias de apego en entrevistas previas al nacimiento del niño y siguen siendo evidentes en la organización parental del pensamiento sobre tópicos ligados con el apego mucho después de la infancia (van Ijzendoorn, 1995, para una revisión meta-analítica; Main et al., 1985).

Los investigadores del apego han demostrado más dramáticamente que cualquier otro grupo la contribución de los patrones duraderos de vinculación a las omisiones y distorsiones del pensamiento que habitualmente son consideradas defensivas. Si los afectos negativos, en particular los afectos de odio, producen ataques hostiles, devaluaciones intensas, avergonzamiento o retirada por parte del cuidador, es posible que sean excluidos del posterior diálogo y pensamiento. La exclusión de afectos negativos de la interacción también excluye estos afectos de la elaboración y comprensión evolutiva integrada de las conductas ligadas con la rabia, afectos y experiencias que podrían provenir de una aceptación e inclusión más equilibradas en la interacción y discusión.

La investigación del apego ha enraizado de forma consistente las maniobras defensivas en la infancia, tales como la evitación infantil de los afectos, no sólo en las cualidades temperamentales del infante, sino también en las respuestas conductuales y afectivas de los cuidadores, respuestas basadas en los modelos implícitos de relación del propio cuidador. Esta literatura demuestra que mucho de lo que ha sido concebido como intraprésíquico emerge a partir de la matriz interactiva y pasa a constituir el dominio intraprésíquico. No

existe otro dominio intrapsíquico separado (véase también Lyons-Ruth, 2003; Ogawa et al., 1997).

Esta concepción de las defensas como parcialmente arraigadas en la estructura de los intercambios con otros importantes también es congruente con la creciente consciencia entre los analistas respecto de que las interacciones entre paciente y analista recapitulan las exclusiones o contradicciones defensivas del conocimiento procedural implícito del paciente. Actualmente, la reflexión mutua sobre las “puestas en escena” [enactments] en la terapia es vista como fuente rica para la comprensión de estos conocimientos procedurales implícitos, incluyendo el recurrir a la distorsión o exclusión defensivas de información afectiva. La investigación del desarrollo establece, más allá, que muchas de las omisiones o distorsiones defensivas evidentes en las puestas en escena tiene orígenes “bi-personales”.

Con esta nueva y rica concepción de todo lo que ocurre en la vida interactiva y afectiva, reemplazaríamos la idea del conflicto entre estructuras tripartitas con esta visión más diádica de los complejos patrones de conflicto entre las direcciones intencionales del self y las direcciones intencionales de otros importantes que son representados en el nivel implícito.

El significado implícito y los conceptos psicoanalíticos de acción y represión

La acción y el proceso de interacción corporizan formas implícitas de significado

Freud fue cartesiano al separar lo mental de lo físico. Concibió el pensamiento como derivado de (y secundario a) una acción inhibida. Uno muchas veces olvida que para él era primaria la acción. Su ejemplo clásico era un bebé hambriento incapaz de llevar a cabo la “acción específica” de la pulsión (chupar para satisfacer el deseo) porque la madre no está presente. Por consiguiente, la energía psíquica normalmente dirigida a las funciones motor y sensorial de la boca era re-dirigida y canalizada hacia la parte perceptual de la mente con la finalidad de crear una alucinación del chupar/tomar. La acción inhibida se convierte en un producto derivado: los fenómenos mentales. De modo similar, la técnica del diván y la prohibición del “acting out o in” se utilizaban para forzar la energía psíquica hacia una expresión por medio del pensamiento, hacia donde era posible seguirla con la asociación libre y la “cura por la palabra”. El resultado, tal como subraya Stern (1985), es una fuerte corriente intelectual y “muchas corrientes modernas del psicoanálisis [que] privilegian la narrativa o la interpretación que yace detrás [...] de un acto más que el acto mismo”.

Las prohibiciones técnicas y teóricas de la acción, en especial del acting in, también fueron originalmente creadas por el psicoanálisis para contener y re-dirigir puestas en escena potencialmente disruptivas de transferencia y contratransferencia hacia lo mental. ¿Cómo, entonces, debemos entender el hecho de que en la actualidad vemos la terapia, aún el psicoanálisis, como basada en la acción en el dominio implícito, aún cuando estamos tan sólo hablando y escuchando?

Parte de la resolución de esta paradoja se encuentra en aclarar una falso dicotomía o “concepción errada”.

El punto de partida de Freud, el supuesto fundamental de que la palabra y el acto son modalidades dicotómicamente alternantes de expresión, es defectuoso. Ahora sabemos que las palabras no restringen o sustituyen la acción: *son* acciones [...]. Para cada uno de nosotros, lo que decimos y cómo lo decimos es una parte extremadamente importante de nuestro repertorio de acciones. (Greenberg, 1996, p. 201, cursiva del original)

De la idea de Freud se siguió la concepción de que la acción y la verbalización eran fenómenos discretos y separables. También se siguió que la técnica del psicoanálisis debía limitar las posibilidades de interacción al dominio verbal con la meta de movilizar la interacción verbal al nivel del entendimiento reflexivo (interpretativo). Una vez que estos parámetros técnicos estaban establecidos, la tarea del analista se convirtió en la tarea de extraer la historia de los patrones de interacción del paciente (las relaciones objetales del paciente) a partir del medio altamente filtrado del intercambio casi puramente verbal entre paciente y analista.

Sin embargo, esto pasa por alto gran parte de lo que hace de la participación en el proceso psicoanalítico un intercambio altamente coloreado en términos afectivos entre dos personas, donde los patrones relevantes de vinculación se ponen al descubierto con mayor claridad y donde el proceso de entender los patrones o las “motivaciones” más abstractas que guían esos patrones de vinculación se ve altamente facilitado.

En el nivel de la interacción observado de modo directo, lo que uno ve no son fantasías inconscientes y deseos edípicos, sino tipos particulares de movidas relacionales en el aquí y ahora, tales como intentos de sobrepasar la dirección del otro, intentos de evitar el compartir o responder a afectos centrales de apego expresados por el otro, la aparición de desorientación en torno a algunos tópicos de conversación como la sexualidad, etc. Las interpretaciones psicoanalíticas son construidas a partir de estas movidas experimentadas.

Como ejemplo, en una reciente evaluación de una familia por parte de uno de los autores un adolescente de 18 años y su padre estaban discutiendo posibilidades de trabajo. El padre estaba diciendo cuán importante era para su hijo decidir por sí mismo lo que quisiera hacer como trabajo después del colegio para tener la independencia adicional de su propio ingreso. El hijo habló sobre cómo le gustaría trabajar en una bomba de bencina particular, en la que conoce algunas de las personas y donde disfruta jugar con los autos. Su padre inmediatamente sugirió que debiera comenzar su propio negocio de limpieza de piscinas con tal de poder establecer sus propios horarios y lineamientos y para no tener que tener preocuparse de otros.

El padre reitera un patrón mientras casi suplicando enfatiza la importancia de la autonomía y de la independencia al hablarle a su hijo inhibido; pero, con cada afirmación de iniciativa por parte de su hijo, el padre tiene una contra-sugerencia. Así, su énfasis explícito en la importancia de ser independiente es acompañado por sus desestimaciones inmediatas de las ideas

de su hijo acerca de cómo hacer eso. Estas capas contradictorias de los procesos interactivos serán representadas por padre e hijo de forma procedural implícita a pesar de que sean expresadas a través de la interacción verbal y entonces serán traídas a la situación analítica. Se considera que las experiencias internalizadas de otros importantes son la sustancia de la relación transferencial que entonces es actualizada con el analista. (Para una ilustración extensa de un proceso analítico, véase BCPSG, 2005a.)

¿Estamos concediendo a la acción (o a la acción conjunta) precedencia por sobre el pensamiento? Sí y no. Una pregunta de este tipo no tiene sentido desde la perspectiva contemporánea de una mente encarnada y de la capacidad para la participación centrada en el otro. El reciente cambio de paradigma en las ciencias cognitivas propone una mente que no es una entidad desencarnada independiente. Más bien, el pensamiento mismo requiere y depende de los sentimientos que emanan del cuerpo así como requiere y depende de los movimientos y las acciones (véase Clark, 1997; Damasio, 1999; Hobson, 2002; Lakoff & Jonson, 2000; Sheets-Johnstone, 1999; Varela et al., 1993). Los encuentros intersubjetivos están basados en personas con mentes encarnadas que actúan y reaccionan en términos tanto físicos como mentales.

El significado implícito como parte del inconsciente

Para conceptualizar adecuadamente el dominio del inconsciente, es necesario hacer distinciones claras entre tipos de procesos inconscientes. Laplanche y Pontalis (1988) nos proporcionan esta breve declaración:

En los escritos de Freud, “dinámico” es utilizado para caracterizar el inconsciente hasta donde allí se mantiene una presión permanente que requiere de una fuerza contraria –operando sobre una base igualmente permanente– para impedir que alcance la consciencia. En un nivel clínico, este carácter dinámico recibe evidencia a raíz del hecho de que se enfrenta una resistencia cuando se hacen intentos de llegar al inconsciente y por la repetida producción de derivados del material reprimido. (p. 126)

Continúan,

Freud mismo advirtió que “no derivamos la escisión psíquica de una incapacidad innata para la síntesis por parte del aparato mental; la explicamos en términos dinámicos a partir del conflicto de fuerzas mentales que se oponen y la reconocemos como resultado de una lucha activa por parte de las dos agrupaciones psíquicas. (p. 126)

Es de gran importancia que, en la concepción de Freud, antes de que el material pueda reprimirse tenía que estar en el dominio explícito, esto es, en los dominios preconsciente o consciente.

Mientras que Freud claramente equiparó el inconsciente dinámico con el proceso de represión, en la actualidad muchos utilizan el término para hacer referencia a un rango más amplio de procesos psicodinámicos, procesos que no necesariamente son considerados como parte de lo reprimido. Estos procesos

incluirían todos los aspectos de las relaciones objetales tempranas que son re-enactuadas en el tratamiento, todas las áreas del proceso mental que se encuentran fuera de la consciencia y de alguna manera no integradas con otros aspectos del pensamiento y para las cuales existe resistencia afectiva a la hora de incluir aquellas áreas en el intercambio con uno mismo o con otro. El uso psicoanalítico ahora debe alejarse de la equiparación estrecha del inconsciente dinámico con lo reprimido para reflejar este escenario modificado.

Nuestro argumento es que las interacciones que pasan a constituir el conocimiento relacional implícito son psicodinámicas. Se tratan de sentimientos, conflictos y defensas profundamente sostenidas. Estos fenómenos tienen una historia, fuerza motivacional y claramente son significativos en términos psicológicos, así como encontrarse fuera de la consciencia pero no por haber sido reprimidos. Creemos que el concepto del inconsciente dinámico y de los procesos psicodinámicos en general deben ahora englobar este rango más amplio de fenómenos mentales, incluyendo el conocimiento relacional implícito. El niño de 18 meses que salta "sabe" que su madre tiene aversión al contacto físico afectuoso y no a sus saltos sobre el sofá, y claramente ha comenzado a representar e internalizar esa aversión con sus conflictos e inhibiciones concomitantes. Sus anhelos frustrados serían el resultado de la historia de tales encuentros relacionales deprivantes. Ciertamente, serían considerados significativos en términos psicodinámicos por cualquier analista. Tales conductas son la concisa esencia de aquello con lo que tratamos cada día con nuestros pacientes. Desde nuestra perspectiva, tales conductas demuestran la centralidad psicodinámica de los procesos implícitos. Estos procesos constituyen el dominio en el cual tiene lugar el corazón del trabajo analítico.

Conclusión

El punto principal de este artículo ha sido el esbozo de la relación invertida de la capa supuestamente "superficial" de la interacción inmediata y la capa supuestamente "profunda" de las entidades intrapsíquicas tales como el conflicto y las defensas. Tradicionalmente, se asumía que las entidades intrapsíquicas determinaban lo que ocurría en el nivel interactivo. El nivel interactivo era visualizado meramente como la expresión de fuerzas más profundas. Sugerimos, en cambio, que el proceso interactivo mismo es primario y que genera el material crudo a partir del cual sacamos las abstracciones generalizadas que denominamos conflictos, defensas y fantasías. Las interpretaciones psicoanalíticas son formuladas a partir de estas movidas tal como son experimentadas en la interacción. Se sigue que los conflictos y las defensas nacen y residen en el dominio de la interacción y que esta vida relacional corresponde a la capa profunda de la experiencia, mientras que las abstracciones que empleamos para describir los aspectos repetitivos de estas estrategias relacionales son descriptores secundarios del nivel profundo, pero no son el nivel mismo, y existen más allá de la experiencia vivida.

Muchos han argumentado que tales acciones relacionales se han encontrado en el núcleo del psicoanálisis. No obstante, se ha escrito de modo

abstracto e incluso metafórico sobre estos procesos relacionales más que en términos de intercambios específicos en el nivel local de la interacción. Aquí, estamos redefiniendo lo intrapsíquico como experiencia vivida que es representada en el nivel implícito. Sugerimos que el conflicto y la defensa, tal como son explicitadas en el lenguaje, son abstracciones útiles que derivan del nivel implícito de las interacciones vividas. Sin embargo, son secundarios. El pasado es llevado hacia el presente en el nivel de la experiencia vivida. Como tal, el nivel de la acción relacional es el fundamento para la aprehensión de los procesos psicodinámicos respecto de los cuales el analista responderá implícita e interpretativamente.